

Don Alberto Orrego Luco.—La distinción en el Arte.—Los pintores de Venecia

Si se pudiera decir de los artistas lo que se dijo de los pueblos, que los más felices son los que no tienen historia, pocas palabras bastarían para hacer la biografía de don Alberto Orrego Luco. Efectivamente, sentirse atraído hacia el arte, poder seguir con toda facilidad sus inspiraciones, luego encontrar desde un principio la fórmula que permite reali-

impresión de que son obras de un artista de visión original y de temperamento personal. La obra, en conjunto, del señor Orrego, nos ofrece tres aspectos bien definidos: los paisajes y, entre otros, toda la serie de los que hizo en el Sur de Chile; las marinas, y las impresiones de Venecia y de otras partes de Italia.

De los paisajes que pintó en el sur de

producidas, ó mejor dicho interpretadas, exigen un ojo y un alma de poeta; el mar, que á todos los temperamentos, desde los más vigorosos hasta los más delicados, con la única condición de que sean verdaderamente artistas, ofrece los tesoros de su "éternel recommencement".

Los momentos y los efectos que don Alberto Orrego Luco ha buscado casi siempre son los de las horas de serenidad y de impresión apacible, cuando las olas vienen á morir sobre la playa, con su ruido de seda arastrada y sus transparencias de piedras preciosas; las horas de misterio, pero de misterio aquietador y evocador de ideas entre melancólicas y sonrientes, los crepúsculos que hacen pensar en todo lo pasado, pero sin hacer sangrar ninguna herida, ni abrir ninguna cicatriz: los momentos en que el mar, que tiene de los felinos los caprichos, las traiciones, los tremendos furores, pero también las caricias y las arrulladoras seducciones, no nos enseña sino estas últimas.

La técnica del señor Orrego Luco es admirablemente adecuada á estos efectos que él afecciona: de dibujo correcto, de ejecución sumamente discreta y sabrosa, ella dice todo lo que hay que decir sin ningún descuido ó olvido, pero también sin que ningún detalle inútil venga á distraer la atención de la impresión y de la emoción que se quiere producir.

Es indudable que la parte más importante de la obra de don Alberto Orrego Luco, la en que él afirma más su personalidad y que sellará su fama y su gloria, es toda la serie de sus cuadros venecianos en que, al encanto natural del mar y de las aguas, se añade todo lo que representa de arte, de ilusiones, de luz, de color, de tradiciones y de leyenda esta palabra: **Venecia**.

Hay sitios privilegiados, especiales, que atraen á los artistas como la luz atrae á los pájaros y á las mariposas, y que como ella también pueden quemarlos y matarlos si no tienen la sutilidad y la fuerza ne-



Paisaje de Venecia

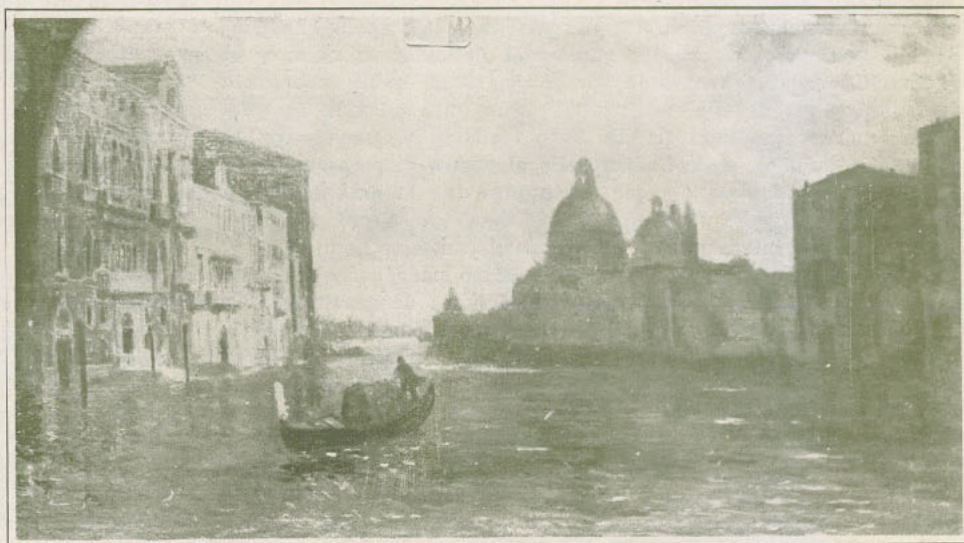
zar los ensueños y los ideales artísticos y, por fin, radicarse y vivir bajo el cielo y en el país que, además de ser delicioso por sí mismo, es el que ha correspondido mejor á las ideas y á las aspiraciones artísticas; si todo eso no constituye la felicidad en una carrera de pintor, no sé dónde tendríamos que ir á buscarla.

Además, el señor Alberto Orrego Luco ha conocido durante toda su vida de artista el éxito más constante, como correspondía á su talento cuyas características son la distinción y el más delicado refinamiento.

Es sumamente difícil explicar y definir en qué consiste la distinción en el arte, esta cualidad tan sutil, que casi siempre no tiene nada que ver con el talento, propiamente dicho, ó los conocimientos profesionales del artista. Buscando un ejemplo en la literatura, ¿por qué Zola, con todo su genio y su poderoso talento, no nos da nunca la sensación y la idea de la distinción, mientras que no hay una línea de Flaubert y aún de Maupassant, para concretarme á los maestros de la Escuela naturalista, que no nos imponga esta idea? Creo que la única explicación posible es que toda obra de arte refleja la naturaleza de su autor, cualquiera que sea el tema tratado y, en una palabra, que el asunto más vulgar y ordinario, interpretado por un temperamento refinado y culto, toma un sello de distinción; mientras que el tema, de por sí el más elegante y fino, puede llegar á dar una impresión de vulgaridad, si el pintor que le reproduce es una persona sin educación moral é intelectual, ó sin raza, aunque posea todos los recursos técnicos del arte que cultiva.

Los cuadros de don Alberto Orrego Luco, aparte de todas sus otras cualidades pictóricas, nos dan esta impresión de distinción y de elegancia, realizada en la mayor parte de los casos por la feliz elección de los paisajes y efectos escogidos por el autor; además, nos dan también la

Chile cono. ., desgraciadamente, muy pocos, pero los que tuve ocasión de ver confirmaron plenamente, á mis ojos, la justicia de las alabanzas y de las opiniones encomiásticas que he oído y leído sobre ellas. Entre otros, don Pedro Balmaceda Toro, este joven cuya intuición y sutilidad adivinatorias casi increíbles en un niño, eran, desgraciadamente, las profé-



Una calle de Venecia

ticas advertencias de la prematura muerte, había señalado en estas obras de don Alberto Orrego Luco este sello de distinción que las caracteriza. . .

Pero lo que me parece corresponder mejor á los gustos delicados y refinados del pintor, es el mar, el mar con sus infinitas variedades de luz, de color, de armonías y de formas, que para ser re-

cesarias para resistir á las llamas demasiado violentas. Los motivos de esta atracción son muy variados y diversos: algunos son, antes que todo, intelectuales, estéticos y arqueológicos, como pasa en Roma, en Grecia y en Madrid, por Velasquez, Murillo y Goya; y otros son todo eso y algo más, algo indefinible, pero que canta en todos los corazones de los

jóvenes artistas: es Granada, es Sevilla, es Venecia; ahí parece que todas las condiciones de la vida ideal están reunidas; el arte está en todas partes, se respira en la atmósfera toda, y sin embargo, no nos aplasta, como en Roma; con el ambiente, con el cielo, con la pureza del aire, forma un todo tan homogéneo, que realiza la perfección de la armonía, dejando el espíritu en estado de completa satisfacción. Esta deliciosa condición que podría llegar á ser peligrosa, incitando á los artistas á no producir, para gozar con toda la plenitud de las sensaciones, sin trabajo ni preocupación, no tuvo, sin embargo, y en Venecia menos que en ninguna otra parte, este triste resultado.

Desde que Venecia existe, es infinito el número de los pintores que han dedicado su arte á interpretarla, bajo todos sus aspectos, y el campo del arte es tan vasto, tan complejo el poder de la interpretación y de la evocación, tan soberano el genio artístico cuando logra imponer su modo de ver y de traducir, que después de tantos y tantos artistas geniales, el tema no se ha agotado, y se ofrece todavía á nuevos intérpretes, con todos los encantos y el delicado misterio de una diosa antigua.

Es ya una vulgaridad repetir que cualquier paisaje vale, no tanto por el tema escogido sino por la interpretación, según las sensaciones experimentadas por su autor al pintarlo, sensaciones que el pintor, si tiene genio, logra comunicarnos al público. Que se ponga á Ruysdael, á Claudio el Loreno, á Corot, á Daubigny, á Rousseau, juntos, delante del mismo paisaje, cada uno de ellos pintará un cuadro que para el espectador imparcial é

injenuo será la reproducción exacta de la naturaleza; y, sin embargo, estas pinturas serán tan distintas una de otra que, viéndolas juntas, el espíritu más ponderado y mejor equilibrado vacilará y se turbará, sin atreverse á formar un juicio, dar una opinión; es, pues, el poder de la sugestión que está actuando, poder tanto más fuerte cuando emana de un cerebro más dominador y genial. Si esta verdad, ya irrefutable, se admite sin gran dificultad cuando se aplica á un paisaje de campo de formas más ó menos vagas é indefinidas, parece que tratándose de una ciudad con sus casas, sus siluetas y construcciones perfectamente determinadas, y además, caracterizadas, como lo es Venecia, por el aspecto, único en el mundo, de sus canales, el problema de variar las impresiones por la interpretación se hace muy árdua, y, sin embargo, vemos que ningún lugar del mundo ha sido, artísticamente, más explotado y de una manera más variada y diversa.

Desde el aspecto soberbio y magestuoso que le supo imprimir Canaletto, pasando por la gracia, la delicada alegría, las armonías á la vez ricas y tan finas del exquisito Guardi, para llegar á los tiempos modernos, en que tantos artistas geniales no quisieron resistir al deseo de dejar pintada su impresión sobre Venecia, podemos ver que el tema no se agota ni se vulgariza.

El mismo Ziem, que parece haberse casado con Venecia, como antiguamente los Duques de aquella ciudad se casaban con el Mar Adriático, á pesar del carácter marcadísimo que dió á sus vistas de Venecia y la abundancia de su producción, no ha comprometido en nada la integridad y la

frescura de las impresiones que puede recibir un artista en la ciudad de la luz y del agua...

Don Alberto Orrego Luco encontró en Venecia la completa realización de sus sueños y de sus ideales de artista. Su espíritu distinguido y cultísimo veía reunidas ahí todas las condiciones que convenían á su talento y á su modo de ver y de comprender las cosas: luz firme y brillante, efectos de agua los más mágicos y encantadores, misterio y evocadoras leyendas inherentes á todos los lugares de antiguas tradiciones y de extensa civilización, y en fin, el aspecto exterior bien definido de los objetos, que satisfacía su idiosincracia y su talento preciso y claro, á la vez que poético y soñador. El supo, en esta Venecia tan pintada y tan explosiva, encontrar una nota nueva y original que le asegura un lugar muy honroso entre todos los pintores de Venecia.

Al mismo tiempo que vive la vida ideal del artista en el país del arte, por definición, debe tener la intensa satisfacción de pensar que contribuye á la fama y al buen renombre de Chile, por sus obras y por su personalidad de artista distinguidísimo; y, aquí en su tierra natal, cuyo hermosísimo cielo se asemeja tanto al de su país de adopción artística, ha logrado esta consagración de la popularidad que liga definitivamente á un artista con su obra, y cuya prueba gráfica tuvo hace poco cuando, hablando con una persona de alta intelectualidad, al pronunciar el nombre de don Alberto Orrego Luco, mi interlocutor instintiva y naturalmente exclamó: "Orrego Luco... el pintor de Venecia!" Imponerse á la opinión pública como el pintor de algo, ¿no es el sueño dorado de todo verdadero artista?

Richón BRUNET

El porvenir de los perros

Iba yo caminando por un sendero del monte, cuando de una casa ha salido un perro. Un perro pequeñito y alborotador, vivaracho y arrogante, que viene hacia mí ladrando con altanería y provocándome, como queriendo decirme: "¿qué traes tú aquí, con cuál derecho vienes á esta casa de labor que no te pertenece?"

Es un perro pequeñito, á quien sin duda sus amos han concedido una sagrada misión, que es el defender la casa, y el jactancioso perro, envaneido por la magnitud de su deber, sale hacia mí y me desafia, me gruñe y aún hace ademán de quererme morder las pantorrillas. Pero traía yo un mendrugo de pan en el bolsillo, se lo he arrojado al perro, el perro se lanza sobre él, lo huele, se lo come, y después que lo ha comido me mira completamente perplejo. "¿Qué haré yo ahora con este hombre parece interrogarme el bueno del can, este hombre amable que me ha dado que comer? ¿Y cómo podré conciliar mis deberes de centinela con estos nuevos deberes de gratitud...?"

Finalmente, el perro no ha sabido qué decisión tomar; se ha callado y me deja ir tranquilamente por el camino. Y pienso yo, mientras me separo del perrillo, que fué una gran desventura la que le ocurrió al hombre cuando escogió como progenitor y origen de la estirpe al mono, un animal soez, lúbrico y canalesco, de cuya infamia todavía no hemos concluido de avergonzarnos lo bastante.

En cambio, si el hombre descendiese del perro...

Pero el perro está llamado á formar una nueva especie de hombres, mejor dicho, de perros. Andando el tiempo, es indudable que el hombre tendrá en el perro un formidable competidor, y cuando la especie humana haya fracasado, se haya agotado y languidezca miserablemente, entonces el perro se encargará de levantar la gloriosa carga del progreso animal, la ardua tarea de la perfección del espíritu de las criaturas; y esta ardua y sorprendente tarea, que comenzó en lo profundo de los

mares por una especie de coágulo de varias células, primera forma animal, primer peldaño de la grande escalera fisiológica; esta ardua tarea, que principió de una manera tan torpe y que termina en el individuo humano de un modo tan glorioso, esta tarea, cuando el hombre se haya agotado, vendrá á sostenerla el perro, su fiel amigo.

Cada día, en efecto, se le mima al perro y se le cuida con mayor atención. Se le ama, se le hace intervenir en nuestra vida íntima y en nuestros trabajos, y hasta se le encomiendan misiones difíciles, por las cuales el conocimiento canino penetra francamente en el terreno de la moral: en estos momentos el perro ya no es un sér ignaro y dependiente, sujeto, como el caballo, el buey, etc., á la voz de mando del hombre, sino que el perro va ganando derechos, va acrecentando su independencia, tiene participación en el deber, en el sacrificio, en el honor. Sirve para la guerra, para la salvación de naufragos, y heridos para las expediciones científicas; defiende la propiedad con un alto espíritu de sabio egoísmo; tiene plena conciencia de los deberes que se le imponen; forma parte de la policía; persigue á los criminales, los aborrece y los conoce mediante su fino sentido del bien y del mal, de lo legítimo y de lo ilegítimo. Merced á los sabios cruzamientos, á la higiene, al amor y á los beneficios del progreso, el can ha saltado ya unos cuantos escalones en su carrera; dentro de pocos siglos será fácil imbuirle la conciencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Así, pues, ¿es aventurado anunciar que luego, acaso pronto, el perro llegará á excepcionales grados de inteligencia? ¿Que aprenderá el uso de las cifras, que penetrará el espíritu de las matemáticas, que se avivarán su memoria y su dialéctica, que se hundirá en los espacios de la metafísica, y que, por último, podrá usar de la escritura y articulará palabras? ¿Y que substituirá al hombre, y se creará entonces una nueva especie de hombres, por mejor decir, de perros...?

José M.^a SALAVERRIA